



O. Henry

El Péndulo

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL PÉNDULO

O. HENRY

**PUBLICADO: 1907
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL PÉNDULO

— ¡Calle Ochenta y uno! ¡Bajen, por favor! — vociferó el pastor de azul.

Un rebaño de ovejas ciudadanas se precipitó hacia afuera y otro rebaño se precipitó hacia adentro. ¡Din-din! Los vagones de ganado del elevado de Manhattan se alejaron traqueteando, y John Perkins descendió por la escalera de la estación junto al rebaño liberado.

John caminó despacio hacia su piso. Despacio, porque en el léxico de su vida cotidiana no existía tal palabra como «quizás». No hay sorpresas aguardando a un hombre que lleva dos años casado y vive en un piso de alquiler. Mientras caminaba, John Perkins se vaticinó a sí mismo, con lúgubre y abatido cinismo, las conclusiones inevitables del monótono día.

Katy le saldría al encuentro en la puerta con un beso que sabría a crema de noche y a caramelo de mantequilla. Él se quitaría el abrigo, se sentaría en un sofá de tapicería dura y leería, en el periódico vespertino, sobre rusos y japoneses masacrados por la letal linotipista. Para cenar habría estofado de ternera, una ensalada aliñada con un aderezo garantizado para no agriarse ni estropear el cutis, ruibarbo compotado y el tarro de mermelada de fresa ruborizado ante el certificado de pureza química de su etiqueta. Después de cenar, Katy le mostraría el nuevo retazo de su colcha de patchwork que el repartidor del hielo le había cortado del extremo de su corbata de nudo ancho. A las siete y media extenderían periódicos sobre los muebles para recoger los trozos de yeso que caían cuando el hombre gordo del piso de arriba comenzaba sus ejercicios de cultura física. Exactamente a las ocho, Hickey y Mooney, del dúo de variedades (sin contratar) del piso de

enfrente, sucumbirían a la suave influencia del delirium tremens y comenzarían a volcar sillas bajo la ilusión de que Hammerstein los perseguía con un contrato de quinientos dólares a la semana. Entonces el caballero de la ventana al otro lado del patio sacaría su flauta; el escape de gas nocturno saldría a holgar por los pasillos; el montaplatos se soltaría de su guía; el portero conduciría una vez más a los cinco hijos de la señora Zanowitski al otro lado del río Yalu; la dama de los zapatos color champán y el terrier de Skye bajaría las escaleras y pegaría su nombre del jueves sobre su timbre y su buzón... y la rutina vespertina de los pisos Frogmore estaría en marcha.

John Perkins sabía que todas esas cosas ocurrirían. Y sabía que al cuarto para las nueve reuniría el valor necesario y alargaría la mano hacia su sombrero, y que su mujer pronunciaría este discurso en tono quejumbroso:

—A ver, ¿adónde vas, si puede saberse, John Perkins?

—Pensaba pasarme por el bar de McCloskey —respondería él—, y echar una o dos partidas de billar con los muchachos.

Tal había sido, últimamente, la costumbre de John Perkins. A las diez u once regresaría. A veces Katy estaría dormida; otras, esperando despierta, dispuesta a fundir en el crisol de su ira un poco más del chapado de oro de las cadenas forjadas del matrimonio. Por estas cosas tendrá que responder Cupido cuando comparezca ante el tribunal de justicia junto a sus víctimas de los pisos Frogmore.

Aquella noche John Perkins se topó con una tremenda sacudida de lo cotidiano al llegar a su puerta. No había ninguna Katy esperándole con su beso afectuoso y confitado. Las tres habitaciones ofrecían un aspecto de amenazante desorden. Por todas partes sus cosas en confusión. Zapatos en mitad del suelo, tenacillas rizadoras, lazos para el pelo, kimonos, polvera, amontonados sin orden en el tocador y las sillas... esto no era el estilo de Katy. Con el corazón encogido, John vio el peine con una nube rizada de cabellos castaños entre sus dientes. Una precipitación y una agitación inusuales debían de haberla poseído, pues ella siempre colocaba con cuidado esas hebras en el jarroncito azul de la repisa de la chimenea para formar algún día el codiciado femenino «relleno».

Colgado visiblemente del mechero de gas mediante un cordel había un papel doblado. John lo cogió. Era una nota de su mujer que decía así:

«Querido John: Acabo de recibir un telegrama diciendo que mamá está muy enferma. Voy a tomar el tren de las cuatro y media. El hermano Sam me recogerá en la estación de allí. Hay cordero frío en la nevera. Espero que no sea otra vez su angina. Paga sesenta céntimos al lechero. Le dio muy fuerte la primavera pasada. No te olvides de escribirle a la compañía por lo del contador del gas, y tus calcetines buenos están en el cajón de arriba. Escribiré mañana.

Con prisas,

KATY.»

Nunca durante sus dos años de matrimonio se habían separado él y Katy ni una sola noche. John leyó la nota una y otra vez, aturdido. Aquí había una ruptura en una rutina que jamás había variado, y lo dejaba desconcertado.

Allí, en el respaldo de una silla, colgaba, patéticamente vacío e informe, el batín rojo de lunares negros que ella siempre se ponía para preparar las comidas. Su ropa de diario había sido arrojada aquí y allá en su prisa. Una bolsita de papel con sus caramelos de mantequilla preferidos yacía con el cordel todavía sin desatar. Un periódico del día estaba desparramado en el suelo, con un hueco rectangular donde habían recortado el horario de trenes. Todo en la habitación hablaba de una pérdida, de una esencia ida, de su alma y su vida partidas. John Perkins se quedó de pie entre los restos inertes con una extraña sensación de desolación en el pecho.

Comenzó a poner las habitaciones en orden lo mejor que pudo. Cuando tocaba su ropa, un estremecimiento parecido al terror le recorría. Nunca había pensado en lo que sería la existencia sin Katy. Ella se había fundido tan completamente en su vida que era como el aire que respiraba: necesaria, pero apenas advertida. Ahora, sin previo aviso, se había ido, desvanecida, tan completamente ausente como si nunca hubiese existido. Claro que sería solo unos días, o a lo sumo una semana o dos, pero a él le parecía como si la mismísima mano de la muerte hubiese señalado con el dedo su hogar seguro y sin sobresaltos.

John sacó el cordero frío de la nevera, preparó café y se sentó a una solitaria cena cara a cara con el impúdico certificado de pureza de la mermelada de fresa. Brillaban ahora entre las bendiciones retiradas los fantasmas del

estofado y la ensalada de aderezo tan lustroso. Su hogar estaba desmantelado. Una suegra anginiosa había mandado a paseo sus lares y penates. Tras su solitaria cena, John se sentó junto a una ventana delantera.

No tenía ganas de fumar. Fuera, la ciudad le rugía que saliera a unirse a su danza de locura y placer. La noche era suya. Podía salir sin dar cuentas a nadie y rasgar las cuerdas de la juerga tan libre como cualquier alegre soltero. Podía jaranear y vagabundear y correrla hasta el amanecer si se le antojaba; y no habría ninguna Katy airada esperándole, sosteniendo el cáliz que guardaba las heces de su alegría. Podía jugar al billar en el bar de McCloskey con sus camaradas parranderos hasta que la Aurora apagara las bombillas eléctricas si eso quería. Las cadenas del himeneo que siempre le habían frenado cuando los pisos Frogmore se le hacían insoportables estaban sueltas. Katy se había ido.

John Perkins no tenía costumbre de analizar sus emociones. Pero mientras estaba sentado en su salón de diez por doce, despojado de Katy, dio sin errar con la nota clave de su malestar. Sabía ahora que Katy era necesaria para su felicidad. Su sentimiento por ella, adormecido por la monótona rutina doméstica, había sido sacudido bruscamente por la pérdida de su presencia. ¿No nos han machacado con proverbios y sermones y fábulas que nunca apreciamos la música hasta que el pájaro de dulce voz ha alzado el vuelo... o en otras expresiones no menos floridas e igualmente ciertas?

—Soy un perfecto imbécil —cavilaba John Perkins—, con la manera en que he estado tratando a Katy. Fuera todas las noches jugando al billar y de farra con los muchachos en vez de quedarme en casa con ella. La pobrecita aquí sola sin nada que le distraiga, ¡y yo comportándome así! John Perkins, eres el peor de los sinvergüenzas. Voy a compensarla. La sacaré a que se divierta un poco. Y corto con la pandilla de McCloskey a partir de este mismo momento.

Sí, ahí estaba la ciudad rugiendo a las puertas de John Perkins para que saliera a danzar en el cortejo de Momo. Y en el bar de McCloskey los muchachos golpeaban las bolas perezosamente en los hoyos esperando la hora de la partida nocturna. Pero ningún camino de rosas, ningún clic de taco podía seducir el alma arrepentida de Perkins el despojado. Lo que era suyo, sostenido con desgana y a medias despreciado, le había sido arrebatado.

do, y lo quería. Hasta cierto hombre llamado Adán, al que los querubines expulsaron del huerto, podía Perkins el arrepentido remontar su linaje.

Junto a la mano derecha de John Perkins había una silla. En su respaldo estaba la blusa azul de Katy. Conservaba todavía algo de su contorno. A mitad de las mangas había finas arrugas individuales formadas por los movimientos de sus brazos al trabajar para su bienestar y su placer. Un olor delicado pero penetrante a campanillas azules emanaba de ella. John la tomó y miró larga y sobriamente la tela sin respuesta. Katy nunca había sido insensible. Lágrimas —sí, lágrimas— acudieron a los ojos de John Perkins. Cuando ella volviera, las cosas serían distintas. Se resarciría de todo su abandono. ¿Qué era la vida sin ella?

La puerta se abrió. Katy entró con un pequeño maletín de mano. John la miró boquiabierto.

—¡Ay, qué alegría volver a casa! —dijo Katy—. Mamá no estaba tan mal. Sam me esperaba en la estación y dijo que solo había tenido un pequeño episodio, que se puso bien enseguida después de que telegrafiasen. Así que cogí el tren siguiente de vuelta. Me muero por una taza de café.

Nadie oyó el clic y el traqueteo de los engranajes cuando el piso delantero del tercer piso de los Frogmore zumbó volviendo su maquinaria al Orden de las Cosas. Se acomodó una correa, se tocó un resorte, el engranaje se ajustó y las ruedas giraron de nuevo en sus órbitas habituales.

John Perkins miró el reloj. Eran las ocho y cuarto. Alargó la mano hacia su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—A ver, ¿adónde vas, si puede saberse, John Perkins? —preguntó Katy, en tono quejumbroso.

—Pensaba pasarme por el bar de McCloskey —dijo John—, y echar una o dos partidas de billar con los muchachos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB